

RECUERDOS DEL PASADO

Cuando las miradas hablan por el corazón, pero los ojos no oyen, sólo quedan las palabras; aunque no siempre nuestro carácter las deja fluir libremente por sus labios. Es entonces cuando se acumula ansiedad en nuestro ser reprimido, y tal vez, se acaba por querer alejarse de la persona amada, buscando escapar de la presencia que enloquece a un corazón frenado por la mente.

Hay días difíciles en los que la enfermedad llama a tu puerta y dos vidas vinculadas por mucho más que una mirada y distanciadas por la cobardía, no se sabe bien cómo, pero vuelven a coincidir en un hospital. Aunque no quieres que esa persona te vea en tal estado, una parte que estaba dormida en ti despierta; necesita el esperado encuentro. Tal vez, en el momento que el alma queda atrapada en el silencio, intenta excavar una salida en el ser que la encierra resquebrajando la salud para dominar a su mente carcelera.

El mayor error fue conocerla; el mejor reto, olvidarla y un gran sacrificio habría sido cortármela; pero una buena recompensa fue no haber muerto en el intento. Y después de haberme dado mil veces con una piedra en la cabeza para enterrar su recuerdo en mi mente, sigo con el cráneo abollado y ella aún se aparece en mis pesadillas.

Así era ella, hipnotizante como una anaconda antes de aplastar tus huesos para después devorarte. Y si conseguías escapar, su recuerdo quedaba imborrable.

Costumbres, formas de pensar, educación y entorno modelan nuestro carácter desde la infancia y nos condicionarán para el resto de nuestra vida. Depende de nosotros el desprenderse de tabúes y miedos o formas de pensar según una arraigada lógica ancestral y colectiva. Es en la infancia cuando más se adentran en la mente las situaciones o palabras que vivimos o escuchamos. Se empieza a cimentar la personalidad individual de cada uno según el ambiente que nos rodea, posiblemente junto a una genética heredada de nuestros progenitores, que son los primeros con quienes nos relacionaremos. El barro que éramos en un principio pasa a ser arcilla, salvo que parece dejada de la mano de Dios.

Siempre me ha resultado trabajoso comunicarme con la gente de mi entorno (para las ranas sin duda es más fácil, responden a sus instintos sin condicionantes morales), pero mucho más difícil ha sido expresar sentimientos; incluso a veces me he preguntado si los tendría o se iba ser capaz de comunicarme verdaderamente y de corazón con alguien, y quizá por ello, las experiencias vividas hasta el momento, me hayan creado confusión, además de traumas a la hora de encontrar un amor diferente al materno; el único del que no me cabe ninguna duda que existe.

Probablemente pueda encontrarse el origen en el seno de una familia en la que el padre también era incapaz de mostrar afecto, o no lo necesitaba. En este caso mi madre intentaba cultivar los buenos sentimientos y mi progenitor los aceptaba como quien ingiere un alimento por necesidad fisiológica; sin saborearlo. Nunca le vi expresar unas palabras con el corazón, y si alguna vez decía algo,

era más bien por compromiso o por alegrar los oídos de quien compartía su vida; aunque siempre utilizaba un tono infantil o juguetón poco sincero, más bien parecía un juego. Él se excusaba con el pretexto de que sus padres nunca fueron capaces de darle afecto; tampoco se esforzó demasiado por pulir la estatua en que se estaba convirtiendo, ni en darles a sus hijos una brizna del amor que nunca tuvo; en ese aspecto estaba convencido de que las personas no cambian. Quizá fuese de aquellos que crecen en medio de ninguna parte, esperando que los pájaros se lleven lo poco que son y no intentan mejorar como personas, porque están sujetos por una raíz que les impide cambiar. Con el tiempo llega a ser duro admitirlo, y en ocasiones se convierte en penoso, sobre todo cuando no se le tiene confianza, más bien miedo.

En la escuela reprimen una conducta extrovertida hacia el descubrimiento de cuanto nos envuelve, limitando nuestras actividades o formas de pensar según un código moral influenciado por determinada cultura, y que con frecuencia no se sabe aplicar debidamente; sin duda es cuando más jarrones se rompen. Pero también allí se implanta el respeto hacia la vida y los demás.

Todavía recuerdo unas palabras en boca de una profesora: "Quien pega a una mujer es un cobarde", aunque no puedo hacer memoria del motivo, pero arraigaron muy fuerte en mí y de algún modo hicieron que siempre les haya tenido gran respeto. Tal vez, al avanzar en edad las he idealizado con demasía, pero aún resuenan esas palabras en mi cabeza hasta el punto de convertirse en un respeto obsesivo.

En la actualidad el hombre aún las sigue viendo un tanto inferiores o como mero objeto de placer. Cuando son referidas en sus conversaciones, aún tienen poca consideración y mayoritariamente siempre se habla de un número ilimitado de conquistas, sobre cuantas se han beneficiado o acerca del volumen de su busto; todo por tener una costilla fuera de lugar.

Dado mi carácter introvertido y mi dificultad para mostrar sentimientos (particularidad, según se decía, propia de mujeres y mariquitas) no dudaba en idealizar cualquier leve contacto con el sexo opuesto, imaginando escenas llenas de un romanticismo que, al parecer, ya no está de moda. También se puede decir que los tiempos han cambiado y las mujeres, según mi trato con ellas, poco se dejan llevar por la cortesía, y feminidad tienen poca (hablo de las adolescentes de mi edad); aunque en esta comunidad, caballeros también quedan pocos y los existentes, probablemente tengan más de setenta años. Son más atractivos aquellos que escupen testosterona o tienen dinero que quienes sólo poseen nobleza y respeto.

Si alguna vez sentía algo inexplicable por alguien (quien sabe si necesidad, amor o dependencia), tampoco lo expresaba para que la persona de quien era objeto mi pensamiento no se creyese una diosa o se pudiese jugar con mis sentimientos; aunque aún hay algo que no consigo explicar y que me llevaba hacia el abismo del silencio, que sin duda tiene mayor peso que los argumentos anteriores. Tal vez sea cuestión de carácter; y yo precisamente no me distingo por mi capacidad para conversar. Con el papel todo es más fácil, aunque si

le envías una carta a alguna chica, siempre piensa más en un posible noviazgo que en una forma de decir: "Estoy solo en el mundo y necesito ayuda".

Hay que ver cuantas veces me he arrepentido de no decirle a alguien cuanto me gusta, pero cuesta cambiar. Aunque a la hora de llamar cretino a alguien que me haya hecho una mala pasada, raramente he tenido dificultades, salvo perder algún saludo y aumentar los nombres que engrosaran una pequeña lista de marcas de papel higiénico.

Después de todo también tuve mis pequeñas relaciones (no sé si decir sentimentales) con alguna chica, que en absoluto me ayudaron a superar mis miedos. Puedo decir que ojos azules tenía una; los de otra eran color avellana, aunque los de la primera parecían de miel y fue la que mejor sabor me ha dejado. El primer beso, empezó como un juego entre niños, en el que nosotros fuimos los reyes elegidos para gobernar las raíces de nuestras infancias. Beso del que no puedo asegurar si despertó en mí sentimientos de ternura, pero aún conservo su rubor cada vez que la miro y veo como los años se han recreado aumentando la belleza del ser que quise o me quiso a mí; como el paso del tiempo ha mejorado sus contornos, la suavidad de sus gestos. Todavía nos sonreímos dentro de nuestra propia complicidad cada vez que nos saludamos, quizá, en recuerdo de cuanto sucedió entre nosotros durante aquella infancia.

Con sus cabellos lisos cayendo como una cortina y aquel rostro redondeado por una infancia que no parece tan lejana, a veces encuentro su mirada con la mía por la calle y ella la desvía en

señal de timidez, pero esbozando una sonrisa que evoca el pasado, aunque ahora ya "pertenece" a otro. Sigue desfilando ante mis ojos mientras se aleja con algún recuerdo, segura de que la sigo con la mirada, o simplemente he pasado demasiado rápido. De todas, es de la que mejores recuerdos tengo, quizá por haber sido la primera experiencia.

Sus padres acabaron con nuestros posibles lazos afectivos, aunque también cabe la probabilidad de que sólo se debiese de un juego infantil. Quien sabe si aquello era amor. Sé que tan temprana relación no fue aceptada por su progenitor, que limitaba demasiado a los hijos, y no estaba dispuesto a permitirlo con alguien con un futuro un tanto confuso, según las perspectivas que siempre se tienen para los hijos. Cabía esperar dentro de la lógica que con el tiempo se rebelasen a aquella tiranía y hayan acabado con los prejuicios a la hora de vestir y actuar dentro de la sociedad. Sin duda no poseen el gusto por lo tradicional con que los quiso temprar su padre.

En aquella ocasión, fue ella quien tomó la iniciativa y tal vez por ello ahora también espere que otra adopte la misma actitud; quizá sea cobardía o la posibilidad de quedar como un tonto o ser rechazado; después de todo esa es la inseguridad masculina, ¿No?. Al parecer todos seguimos patrones ya establecidos.

Después se descubre el sexo y se pierde aquella inocencia a la que ya no hay vuelta atrás. Además de ser un práctico "desagüe" direccional descubrimos las nuevas utilidades inimaginables de aquella extraña costilla fibrosa. En un principio dentro de tu nuevo

horizonte se desatiende el interés por las chicas, pero con el tiempo nace la posibilidad de contrastar las diferencias. Hay algo inexplicable que surge en tus entrañas y que te conduce hacia el sexo contrario irremisiblemente. Ahora parece que tienen otro aspecto o sólo cambia nuestra forma de verlas, pero su comportamiento, en ciertas ocasiones presenta un aire incompatible con el nuestro. De todas formas, dicen que no es posible imaginar la vida sin ellas.

Extrovertida, simpática y capaz de distraer hasta las piedras era la chica que con mayor profundidad se adentró en mi ser, aquella con quien más se podía relacionar mi carácter introvertido. Desgraciadamente se agarró a mi alma como una sanguijuela. Era muy diferente de cuantas pude haber conocido en el instituto; además, mi temprana seriedad en los estudios, que no sirvió más que para distanciarme de la diversión o conocer a mis compañeros, no permitió que me relacionase con alguna otra de las muchachas que suscitaron mi interés en la profesión de estudiante.

Con el transcurso de los días, su imagen, estar junto a ella, desarrolló en mi unas metástasis que incluso derivaron en la dependencia de su compañía. Vicios hay muchos y hay quien prefiere el tabaco; después de lo vivido me resulta comprensible. Hubo muchos chicos magnetizados por sus dotes, pero yo les ganaba en proximidad; éramos vecinos. Si hubiésemos leído antes el cartel de "Ojo, No tocar. Recién Pintado", que pendía de su espalda, muchos se habrían alejado de su orilla, una vez conscientes de que, a pesar de su carácter sociable, en absoluto era una chica fácil.

Pasaban las horas lentamente esperando una aparición que nos arrastraría a un sinfín de actividades o locuras de adolescentes, y cuando ella llegaba las nubes desaparecían.

Después se escapa un comentario y luego otro, una indirecta que te roza; entonces crees que ya significas algo para ella, pero por el momento todo se quedaba en eso, como si ambos no fuésemos capaces de expresar nuestros sentimientos con claridad y sólo damos pistas que van confirmando nuestra relación; aunque necesitamos mayores evidencias antes de dejarnos llevar por aquello que va surgiendo entre nosotros. Es como la mosca que no para de molestar y sigue jugando contigo segura de la supremacía de sus movimientos; no se da cuenta de su pesadez hasta que no te ve ya en plena acción con el matamoscas en mano.

Pero bueno, quizá la seriedad haga buenas migas con la extroversión o simplemente son conceptos que se complementan y no son nada el uno sin el otro. Y aquel parecía nuestro caso; no obstante, la búsqueda de la media naranja se basaba en encontrar un espejo en el que poder verse reflejado, pero aún no tenía formado dicho concepto.

Las miradas... comunican tanto, incluso a veces más que las palabras y nunca engañan, aunque no todos saben leer su lenguaje. Cuando no nos atrevemos a expresarnos directamente con palabras, podemos recurrir a una mirada que diga cuánto significa para ti la persona a quien la dirigimos, pero a veces por timidez la desviamos antes de percibir su clara respuesta.

En aquellos ojos encontré el océano en medio del desierto; un azul claro, en ocasiones oscuro. Reunidos entorno a una mesa de cumpleaños, o simplemente una cena en casa de uno de nosotros, lancé unas miradas directas a sus dos mares de vida, como hace un pescador lleno de esperanza con sus redes. Ella me devolvía aquel gesto a veces, pero al parecer alimentada por la intriga de quien desconoce su significado. Aunque después pude percibir cierto interés suyo al comprar un libro en el que buscaba, precisamente, aclararse tal punto; se trataba acerca de la supuesta mirada del otro, no obstante el argumento puede que no aclarase su turbación.

Contemplé su forma de vestir y me vi reflejado en ella; era como mirarme en un espejo en el que sólo podía admirar mi propia belleza y gustos. Recuerdo una cena que compartimos, en la que se puso un jersey rojo, cuando ella odiaba aquel color, pero era uno de mis favoritos; tal vez era su forma de decirme algo.

Un lejano día, bajo la luz tenue de una farola que escapaba de un crepúsculo invernal, mientras los osos hibernaban, su mirada me resultó profunda, distante, pero todo se volvió a iluminar con aquella sonrisa suya, a veces tan dañina. Hacía ya más de dos años que apenas nos veíamos o intercambiábamos alguna palabra, incluso en ocasiones ni nos permitimos saludarnos; aunque aún había algo en ella, que tanto como en mí, continuaba atrayéndonos y el no admitirlo ni expresarlo nos separó.

Allí, en aquel patio iluminado escasamente por la farola, le vi dirigir su mirada y su sonrisa a otro. Me sentía libre de su cerco,

pero la echaba de menos. Percibí una imagen mía en aquel ser. ¡Qué poca personalidad propia tenía!. Todo lo adoptaba de quienes la envolvían en su mundo de rosas, porque ella siempre iba a ser el eje sobre el que girase la tierra. Posiblemente, imitaba la forma de vestir de todo aquel que le causase asombro; su peinado, el modo de atarse los zapatos, su bebida favorita, para asegurarse la atracción de quienes comparten algo en común. Quizá era cuanto ella buscaba en los demás; tal vez creía que siendo el reflejo de alguien, éste sentiría más afinidad con ella. La mirabas y era tu misma imagen proyectada. Cuando me marché de su compañía, cambió su aspecto, era el espejo de otro.

Siempre andaba buscando algo en común, cuando nosotros sólo coincidíamos en ser huérfanos de padre; el mío, porque tras el divorcio ascendió al mundo de lo invisible, y el suyo porque tuvo la desgracia de sepultar a su esposa en el baúl de las viudas.

Parece que todos busquen en el otro aspectos en que ambos coincidan; es como si sólo se admitiesen a sí mismos y para ello la pareja debe compartir sus propios gustos. Aunque para mí ambos deben complementarse y aceptar cada uno al otro con sus determinados estilos, hábitos y defectos; posiblemente este pensamiento sea más difícil de llevar a término en la vida real. La posibilidad de convivencia puede parecer más remota, pero según unas ignotas estadísticas sobre las relaciones de pareja, que leí no sé dónde, los matrimonios cuyos miembros difieren más el uno del otro son los que más suelen durar. No sé que grado de credibilidad tendrían o de qué

época databan, ni si era una revista de ciencia ficción. De todos modos, yo viví algunas excepciones en directo.

Aquel carácter, sumamente extrovertido, podía alimentar la sed de júbilo de mi formal personalidad. Incluso se adentró sigilosamente en nuestro hogar, para una vez ganada su confianza dentro de la familia, asegurarse plena libertad para disponer de nosotros, tras haber conquistado el aprecio materno al que tan ligados estábamos aún.

Posiblemente, su estima propia se basase en la facultad de dominar a los demás o no podía contener la necesidad de dirigir la vida de otros. Todo depende de quien lleve el timón; si no podemos gobernar nuestro navío, podemos intentarlo con otro y así aprenderemos a dirigir una vida para después no estrellar la propia. Quien sabe si lo hacía por temor a perder a quienes de algún modo amaba. Lo cierto es que todos quedaban hechizados con su naturaleza y comportamiento, de tal modo que decidían abandonar su libertad para girar entorno a ella.

Por suerte un día salí de aquel cerco de conflictos, aunque ahora, en mi vida sólo pesa la soledad, y lo peor de todo es que me estoy acostumbrado a vivir en ella. Quizá cuando se llega a una determinada edad, y uno no se ha desarrollado correctamente en las relaciones interpersonales, aumenta la posibilidad de quedar soltero.

Abandonados los juegos de pelota, ella empezó a presentarnos chicas incluídas desde entonces en el grupo (en un principio formado por tres mozos pululando alrededor de una sola chica), para que así nuestras relaciones no saliesen de aquel entorno concebido por su

mente. Nuestra mejor amiga o posible pareja quedaba siempre dentro del universo por todos conocido. Tal vez así nada escapase a su absoluto control.

El problema surgió pues, cuando en el grupo empezaron a aparecer nuevas chicas; ya que antes sólo estaba formado por tres chicos atraídos por su carácter. Había entrado demasiado dentro de ellos y no tenían ojos para las demás. De algún modo, así ella se sentía el centro, pero poco a poco, intentó emparejar a sus posibles pretendientes (que posiblemente para ella sólo servían para financiar sus intereses) con otras de sus nuevas amigas, también atraídas por el enjambre de vida que manaba de aquel inusual clan. Aunque el verdadero volcán estalló cuando quiso dispersar una semilla de amor, que quien sabe si la encontró en un arrinconado cajón de su abuela, pero la semilla salió con gusano. La chica en cuestión, sin más pasó al destierro y nunca nadie del grupo la volvió a saludar. Y para mi desconsolado hermano, iniciado por primera vez en los desengaños con que nos golpea la vida tras el primer amor, idealizado y roto por nadie sabe bien qué, sólo quedaba la trabajosa labor de ofrecerle otra pretendiente, porque él tampoco era capaz de buscarla por sí mismo. Así es preciso que aquella amiga poco corriente gozase de su confianza y afecto. Lo malo es que nunca se dio cuenta por más que se lo advirtieron.

La rivalidad aparece con el sigilo de una serpiente; entonces se critica a la competencia y se intenta vender lo mejor de uno mismo. A veces se lleva a cabo una guerra por ganarse la consideración de

alguien; pero en las guerras nadie gana nunca nada por más que quieran vender lo contrario. La gente empezó a crear subgrupos y cuchichear. Todo, una vez más, por obra y gracia del hombre, estaba siendo prostituido. La infancia y sus balones se iban alejando.

Claro está que las relaciones afectivas siempre escapan a todo control, y en ellas, dos siempre son pareja, tres son multitud. Allí cualquiera que no sean los propios interesados, queda al margen. Una vez presentados, el resto ya es asunto entre flor y abeja. Ella parecía no saberlo y en todo quiso involucrarse hasta el fondo, como una alcahueta distraída, con gran interés por conocer más detalles de los que vienen en los libros sobre las relaciones en la sombra de pareja.

Pronto empezó a perder el control cuando alguno de sus amigos no respondía como ella esperaba frente a su viejo y repugnante filtro de amor; nunca salieron mariposas. Todo se derivaba de su desconocimiento de la personalidad de cada uno; sus nociones siempre se quedaron en la pintura de la fachada. Guió las miradas de una triste y delicada doncella hacia mí, pero yo no tenía ojos para tan femenina y tímida chiquilla, llena de buenos sentimientos y sensibilidad, como después bien pude descubrir por mí mismo. Me atraía más el temple viril de una muchacha engastada en pantalones vaqueros y con un gran halo de jovialidad.

Es un proceso trabajoso librarse de la esclavitud de las miradas y fijar la vista sobre otras personas, sobretodo cuando estás calado

hasta la médula por alguien que te ofrece todo lo que cualquier adolescente, un tanto retraído, pueda necesitar en aquel momento.

Con el tiempo empecé a percibir una realidad deformada a su antojo. Normalmente solemos creer en la palabra de alguien, aunque a veces esa palabrería sólo se emite para ser el centro de atención cuando uno cree no ser nadie o necesita sentirse importante dentro de su grupo. Lo más preocupante habría sido que ella acabase creyéndose cuanto decía, y probablemente, tras empezar a seguir el rastro de sus palabras, estaba empezando a quedar desterrado de su compañía, porque descubrí un filón con tantas mentiras como pelos tiene un gato.

Finalmente, emancipado de aquella presencia dominante, consciente de que yo también podía despertar a mi bestia oculta con carácter jovial, alcé la mirada levemente para divisar otros astros y esta chocó con la proximidad de unos ojos color avellana y unos gestos más refinados. Caí en la cuenta de que el verdadero atractivo femenino reside en una discreta timidez que envuelve al ser en un bello halo de fascinación y encanto. No todo en la vida es cava; a veces vale más un buen vino menos agitado por el gas, que tarde o temprano se desvanece en este mundo y la efervescencia de la bebida se amansa.

Decidí emprender una nueva iniciativa propia, esta vez sobre algo más seguro y sin alcahueta alguna de por medio. Como pequeño observador de la realidad que me envolvía, atendiendo a la confianza y los gestos que ofreció esta nueva amistad, me lancé buscando fraguar los sentimientos que creí haber descubierto. Unas flores, una carta... Por primera y última vez alumbré iniciativa. Hasta que me salí en medio de una gran tormenta tropical, porque ahora que yo me había

excluido de aquel grupo, la misma que dejó que mis manos recorriesen su cuerpo; aquella que puso su cabeza en mi regazo bajo la luz de la luna bañando un parque; o quién admitió que yo le gustaba; ella, sobre la que puse mis ojos a buen recaudo, estaba ya conducida hacia el punto de mira de mi hermano. Todo fue maquinado en la hormigonera que la trotaconventos tenía por mente. Así que finalmente nada pudo fraguar y encima perdí el contacto que siempre tuve con mi hermano.

Ahora pienso que todos estuvimos buscando pareja como toros en celo dentro de un mismo recinto, apenas visitado por tres vacas. Me encontré como una estatua en medio de palomas, como un periódico en jaula de pájaros.

Resultó largo y trabajoso escapar de aquella caja llena de serrín para gatos, y mucho más librarme de las secuelas del olor a orines que aún quedan por algún rincón de mi alma; incluso a veces me llega una ráfaga de aquel pasado cuando me cruzo con ella por una calle de mis sueños.

Creo que actuábamos como burros que atienden al soborno de la zanahoria. Aceptábamos cualquier cosa que nos presentase con tal de permanecer a su lado y quien sabe si algún día tener derecho a roce o adquirir la condición de media naranja. ¡Éramos jóvenes! Y no sabíamos bien lo que necesitábamos.

Fueron muchos los que describieron órbitas diferentes alrededor del mismo sol, sin ver otras estrellas en el firmamento; nos hechizó. No importaba el sexo ni la edad, ella era el centro de nuestras vidas. Libremente escogimos ser esclavos de sus fantasías, disponer de todo

cuanto demandaba en propio beneficio: estar a su lado, ser sus amigos porque ella nos daba la iniciativa que no teníamos. Pero estuvo jugando con nosotros. Muchos tardaron en descubrirlo y arruinó alguna etapa de su existir, otros se dieron cuenta, como yo, y nos fuimos.

Pero la vida da vueltas y sin imaginarlo llegaría un poco más lejos. Me aventuré en los glaciares que nunca nadie se atrevió a pisar, porque detrás de tanta jovialidad se encontraba una mujer fría como el hielo de mi nevera. Después de darle la espalda con una lupa, para que viese que la suya era más pequeña comparada con la mía, aún tuvimos un reencuentro. Era como si una fuerza magnética actuase entre nosotros y contra nuestra voluntad; nos distanciábamos un poco pero finalmente podía más que nosotros y volvíamos a estar como un cangrejo ermitaño y su caparazón.

La llamé muchas veces y nunca salió; sólo estaba cuando a ella le apetecía, satisfecha por haber alcanzado gran profundidad en tu corazón; ahora podía disponer de ti a su antojo. Cuando me di cuenta de que ocupaba todos mis días y pensamientos, intente alejarme un poco para ver si acudía en mi busca, pero nunca fue así. Tarde o temprano regresabas al grupo y una nueva presencia te sorprendía. Ella iba mostrando desinterés por ti; eludía tu mirada; era capaz de mantener diálogos confidentes con otro ante tus propias narices, y exhibía aquellos dientes tallados dentro de su sonrisa perfecta, en una oreja que no era la tuya, siempre mirándote de reojo, consciente de que te estabas fijando en ella.

Intentas olvidarla. Con el tiempo, crees que ya no mora en tus pensamientos; no recuerdas algún rasgo, pero no es así. Un día se

muestra en tus sueños, te la cruzas en la calle y ni te saluda, o si vas acompañado de alguien que conoce, se digna a acercarse para saludar a tu amigo y no te ve. No existes, finge haberse olvidado de ti, aunque sabes que no es cierto, que de algún modo, también entraste en su vida y no aceptó tu libertad. Luego compartes con otro una experiencia semejante con la misma persona. También fue sustituido. Un día decidió ampliar su horizonte; andar en busca de las fantasías que nos presentaba; llenar su vida del mundo exterior. Ambos pudimos ver cómo sus mentiras sudaban por nuestra frente.

Siempre dio una imagen contraria a su realidad. Si atendíamos a sus caprichos, reinaba la armonía en el grupo y ella nos aseguraba la diversión. Pero cuando alumbrábamos cualquier muestra de iniciativa propia, el cielo se oscurecía y el silencio reinaba; todo acompañado de un claro distanciamiento entre ella que se contagiaba al resto del grupo. Finalmente siempre acabábamos cediendo para que no imperase la discordia, aunque a veces el mal sabor podía perdurar varios días, incluso lustros.

Mientras ella era el centro del universo, vivíamos en un mundo mágico que evocaba nuestra faceta más inocente, pero sólo algunos quisieron crecer y mirar más allá del cielo conocido; una vez allí, pudimos ver la verdadera imagen que nos cegaba con sus destellos de vida, aunque sin más, quedamos desterrados tras probar aquel fruto prohibido.

Al mirar por el telescopio, libre del hechizo las cosas se ven de modo diferente. Ella podía desempeñar el papel de mejor amigo y confidente, asegurándonos una y otra vez que estaba de parte de

nosotros o estar cuidando nuestros intereses para acabar robándonos hasta el alma, pero la realidad era bien distinta. Como la mayoría de las personas que rodearon mi vida, era de las que te besaba las manos y cuando permanecías ausente te acuchillaba la espalda.

Del mismo modo, jugó a ser el ciego ángel del amor; lanzaba sus flechas más allá del corazón humano, sin tener en cuenta los sentimientos o si existía cierta atracción entre quienes recibieron sus descargas. Y claro está, en las relaciones de pareja los intermediarios encubren los verdaderos sentimientos, pues quedan deslumbrados por su propia capacidad de ayudar al prójimo a encontrar el amor y siempre lo pintan todo de bonito.

Para condimentar el plato, añadamos el tedio de una mujer casada y con hijos. Mi madre, que no pudo aceptar el hecho inevitable de que sus hijos se estuviesen alejando del hogar y acabó por aborrecer la presencia de quien suplantaba su figura femenina. Con todo, empezaron a surgir las primeras disputas entre madre e hijos dentro del seno familiar, que sumadas a las que iba arrastrando el propio matrimonio, crearon un clima de inestabilidad que acabaría cediendo; todo se desmoronó.

En aquellos momentos difíciles, ante los problemas que trae el divorcio, las responsabilidades domésticas se vuelcan sobre otros, hasta que la frágil salud falla a causa de tanta presión o remordimientos, quién sabe; ya todo acaba por caer en picado.

Empezó con un leve dolor de cabeza, en ocasiones fugaz; pero después llega a persistir unos días, hasta que acaba por ser

mantenido. Pasa un mes, luego dos. En un principio la intensidad se puede soportar, aunque con el tiempo aumenta la presión sobre el cerebro; a veces se irradia una leve molestia al ojo, hasta que todo causa estragos de tanto dolor. De no ser por aquellos síntomas, la pequeña hinchazón abdominal, el verdadero problema que iba avanzando con la astucia de un lince, habría pasado desapercibido hasta llegar a límites insospechados, incluso devorar muchos más órganos. La cabeza es un espacio que no puede distendirse y cualquier aumento de presión a causa de una hinchazón se traduce irremediablemente en dolor.

Amigos y familiares confluyen en el hospital entorno a la víctima, conducida hacia su cruz por el conjunto de una sociedad llena de prejuicios. Es triste en momentos así hacer un repaso de cuantos te rodean y encontrar que sólo han alimentado rencillas, reproches, descortesía; siempre te han tratado como a la oveja negra. Puede que yo nunca fuese una persona ejemplar.

Allí, entre cuatro paredes frías y gente deshumanizada, sólo se busca la destrucción del trastorno físico, y casi siempre se ve afectada la dignidad de la persona, que deja de serlo para adquirir la condición de un simple paciente más. Sobre el propio sufrimiento se vuelca el ajeno, porque pocos saben ocultar sus emociones en una situación semejante, y sobre todo, cuando se van revelando los diagnósticos. A veces queda lejos encontrar una luz que nos dé esperanzas. Pero el foco no radicaba en la materia gris.

Con mi entrada en el hospital todo se tornó nebuloso y la vida cambió su sentido. En situaciones así, los enemigos al parecer se

convierten en amigos; y sobretodo cuando a uno le falta poco o está cerca de la muerte.

La misma que alimentaba el universo con su energía, vino a verme, aunque no sé si por algún sentimiento hacia mí o por escoltar a mi hermano, al que acompañaba como apoyo meramente moral después de las responsabilidades que pesaron sobre él. Ella no sé si tenía sentimientos o los ocultaba, pero entonces, por primera vez se mostró seria y formal como nunca lo había sido, al tiempo que con la mirada iba valorando una situación que escapaba a todos.

Mientras a mí me metían dentro de máquinas para rastrear todo mi cuerpo y asegurarse una posible vía de operación, amigos o algún escaso familiar hacían turnos de vigilancia alrededor de las diferentes zonas a las que me iban trasladando, aunque el paso les quedaba vedado. Lágrimas, tensión, desesperanza y miradas hacia el cielo, con muchos por qué pendientes, envolvían a quienes estaban padeciendo la enfermedad desde la otra cara de la moneda. Sin hablar de la inminente entrada en el quirófano, todos esperábamos aquella hora en la que había puestas muchas esperanzas; aunque sabíamos que aquello no iba a ser todo.

Lo desconocido de algún modo siempre nos causa pavor, y la sala de operaciones era algo totalmente inexplorado para mí. Imaginarme tendido sobre una camilla, totalmente inconsciente, en manos ajenas y con las entrañas abiertas a merced de unos desconocidos, aunque fuese para salvarme la vida, no tenían atractivo alguno. Si esto influyó en lo sucedido, no lo sé, pero desde luego no desearía volver a pasar por otro infierno semejante.

Quien iba a imaginar que mi cuerpo no reaccionase dentro de lo previsible con la anestesia. Respondí con un paro cardíaco que alborotó todo el quirófano. Dijeron que estuve muerto cinco minutos, aunque luego resucité, pero sin conciencia. Había entrado en coma. Pudieron extirpar el foco del tumor y a cambio perdieron mi mente.

El mundo conocido sucumbió ante la violencia de los huracanes de la desesperación, que casi acaban con mi madre, pero la extraordinaria fortaleza con que la habían dotado sus experiencias en la triste vida que le tocó vivir, la mantuvo hasta el final; siempre en los límites de la locura. Tal vez, lo que a mí más me había preocupado siempre fue el que no pudiese soportar la pérdida de la única persona que le dio su pequeño apoyo en sus numerosos avatares o le hizo llevadera su incrustada soledad.

A mi hermano le tocó forjarse como el único pilar en pie que podía sujetar la ruinosa familia, porque nuestro percusor se había eximido de toda responsabilidad paterna. A él le iba a corresponder pagar la hipoteca que antes pesaba sobre mis espaldas mientras él apuraba los últimos días de una juventud que llegaba a su fin. Sus amigos, que en algún tiempo también lo fueron míos, ahora, en lugar de diversión, sólo podían ofrecerle su apoyo moral y alguna que otra ronda entorno a quien adquirió el estado de un vegetal, para que nuestra madre pudiese descansar un poco. La situación no le gustó demasiado; era más cómoda su anterior falta de responsabilidad. Siempre se negó a abandonar la casa por la cercanía de sus amistades, pero pagar por ello...

El milagro ocurrió. Yo desperté del coma. Pero los vestigios no erradicados del tumor se continuaban extendiendo por todo el cuerpo y aún peligraba mi vida; así que en la desesperación, muerta toda esperanza, me agarré a la primera que tuve delante aquel día en que decidí celebrar la fiesta del fin del mundo. Con mucho alcohol entre pecho y espalda despedí la virginidad antes que la vida; me traicioné a mí mismo.

Con la radioterapia, sólo me quedó en pie un pelo, que poca concentración de queratina tenía respecto al de la cabeza, las cejas o las axilas. Pelo del que me ocupé de peinar correctamente, y aplicarle las lociones pertinentes para que alimentase un brillo imperial.

Todo se había vuelto a destapar casi un año antes. Mientras celebrábamos un cumpleaños en el que ambos habíamos sido invitados, volví a sentir su calor. Después de aquel día me di cuenta de que tal vez aún había algo en nosotros que no iba a permitir unas vidas separadas. Pero el tiempo pasó y las cosas volvieron a su cauce de distanciamiento preventivo. Aunque cuando la muerte se invita por sí sola, siempre acude a consolarte quien menos esperas. Se desataron nuestras represiones y... Otro duro golpe.

Recuerdo el día que vino a mi casa toda alterada porque aquella con la que yo intentaba intimar, sin su beneplácito, se había quedado encinta. Nada de aquello sucedió; simplemente se trataba de otras de sus novelas de ficción. Acordamos que nunca sucumbiríamos a sus maquinaciones y que nuestra amistad iba a cobrar mayor fuerza desde aquel día en que ella nos demostró su faceta más vil. Desgraciadamente, ella pudo más que nosotros y ahora me pregunto,

después de cuanto nos hizo, cómo es posible que aún me entregase en sus garras.

Hace una semana que me dijo lo de su embarazo. No supe qué creer. Fue algo sorprendente, que tras lo sucedido entre nosotros, yo me convirtiera en su primer confidente. No era nada de otro mundo el que una chica se quedase embarazada, salvo que yo era el padre.

Con el apresuramiento que precede a un fin trágico del planeta entero, sin más meta que escapar de presentarme ante la muerte con el sello de la virginidad, nos arrojamos a una desenfrenada desfloración sin medir consecuencias. Al parecer, ya ducha en el manejo de los diversos utensilios para combatir la soledad de una mujer de hierro, no resultó en absoluto doloroso para ella, ni tampoco creo que yo alcanzase la calidad de aquellos artefactos de goma; admito que resultó algo traumatizante para mí, al desenvolverme como un torpe mecánico dentro de su coche y mucho más con el desenlace que alcanzó.

Nunca había recibido tantas dagas en mi pecho como aquel aciago día en el que, ante el rostro de sorpresa y desengaño de aquella que cautivó la nueva independencia de mis ojos, exhibí la infidelidad a nuestro pacto. Si fue una coincidencia o un hecho premeditado, es algo que quedó por esclarecer, pero lo cierto es que mientras me obcecaba en aquella labor sobre carnes ajenas, sin percatarme de los pasos de una solitaria viandante, se iba fraguando la tragedia. A través de la ventanilla del coche, aquella que me dijo ser incapaz de aceptar la unión entre quien arrasó nuestros idealizados sueños de amor de adolescente y alguno de los tres miembros masculinos del grupo, estaba presenciando en directo mi muerte en vida. Perdí el control de la

actividad y vomité el precio de mi villanía con una certera eyaculación en sus entrañas.

Sólo cabía esperar el veredicto del test de embarazo, que confirmó ser positivo. En un corto espacio de tiempo, aunque un poco temprano para mi edad, podría comer huevos; iba a ser padre. No obstante, la paternidad me resultó inimaginable y nunca llegué a ver si sería niño o niña. Ella quiso abortar para que su madre nunca se enterase de su deshonra. Teníamos que darnos prisa y aún no sabíamos que hacer. Mientras el tiempo pasaba.

Algunos individuos son tan racionales y lógicos que parecen funcionar casi como ordenadores y ella resultó ser una persona muy racional. No sé cómo ni dónde pero encontró un lugar en el que podían interrumpir su embarazo, pero había un problema: los honorarios y la nulidad de independencia económica de una adolescente universitaria. Con mis ahorros secretos, que algún día pensaba invertir en estudios o en un viaje, tuve que pagar el precio de mi desliz y financiar su aborto. Su madre pensó que estaba en la universidad.

Que tenía ella es algo que no puedo explicar si una y mil veces caí en sus embrujos y tampoco fui el único. Sólo puedo decir que no era físico; se trataba de algo inmaterial que tenía en su interior; anulaba nuestros pensamientos. Después de todo quien sabe verdaderamente lo que sucedió. A nuestras mentes ya sólo les queda lanzar hipótesis según nuestro propio punto de vista, que por supuesto raramente admitirá haber actuado de forma incorrecta o buscando el propio beneficio. Sólo es posible creerlo si se ha vivido.

Me parece que al releer estas páginas haya estado describiendo al mismo diablo. Tal vez la distancia entre el amor y el odio no sea mayor que el tic-tac de un reloj. Quizá la vida de más vueltas que una moneda en un campo de fútbol, y cuando esperamos que salga la cara de un amigo, nos aplasta una cruz.

El espejo acabó rompiéndose en pedazos mientras la naranja se podría. Y tras mis fracasos y con la soledad como compañera, en las tierras lejanas que pisaban mis únicos y verdaderos ancestros, intenté lanzar estos recuerdos hacia los vientos del olvido, dispuesto a emprender la tarea de edificar una nueva vida después del diluvio que asoló todos los orígenes de mi experiencia humana.

Ya no me pesa la costumbre de convivir con la soledad; la única cosa en la que verdaderamente se puede confiar.

Daniel Balaguer
<http://www.danielbalaguer.es>
<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>